

cama, porque habia bajado á la iglesia en busca de la comunidad. Agravóse el mal hácia la noche, y mandó llamar á S. Bernardo, y vuelto á los circunstantes: *Con deseo, les dijo, he deseado celebrar esta pascua con vosotros. Rindo mil gracias á la bondad de mi Dios porque se dignó cumplirme estos deseos.* Veíase retratada en el semblante del Santo moribundo toda aquella alegría que causa la esperanza de una vida eterna y bienaventurada. Consolaba á su querido amigo y á todos los demás: *Cuidad vosotros de mí, los decia, que si Dios me hace misericordia, yo cuidaré de vosotros. Harámela sin duda, porque he creído en él, en aquel á quien todas las cosas son posibles. Amé á mi Señor, y os amé á vosotros: la caridad no se acaba.* Levantando despues los ojos al cielo, dijo: *Mi Dios, guárdalos en vuestro nombre, no solo á los presentes, sino á todos los que trajisteis á vuestro servicio por mi ministerio.* Entretúvose despues un poco con su Dios, y envió á descansar á sus hermanos. Hácia la media noche volvió á su celda la comunidad con muchos abades que habian concurrido á Claraval noticiosos de su peligro, y todos rezaban al rededor del santo prelado, que saltaba de gozo porque iba á salir de este destierro. Así murió el santo obispo Malaquías, legado de la Silla apostólica, á los cincuenta y cuatro años de su edad, en el lugar y en el día que habia deseado, llevada al cielo su alma por los santos ángeles, habiendo espirado en manos de S. Bernardo y de sus hijos. Todos tenian clavados los ojos en él, y ninguno pudo advertir cuando espiró: tan parecida fué su muerte á un dulce sueño. El rostro quedó con bellissimo color, dejando el alma en el cuerpo aquel vestigio de la alegría de los Santos, á cuyo espectáculo cesaron las lágrimas, y se apoderó el gozo y el consuelo de todos los corazones. Dispusiéronse los funerales, y se cantó la misa con fervorosa devoción. Entre los que concurrieron á su entierro habia un mozo paralítico de un brazo: mandóle acercar S. Bernardo, tomóle la mano, y tocóse la á la del santo obispo. ¡Cosa admirable! al punto se le restituyó á su estado natural, y era, que, como dice el Apóstol, todavía vivía en el muerto la gracia de la salud.

SAN ERMENGOL, OBISPO DE URGEL.

SAN Ermengol, decoroso ornamento del órden episcopal, uno de los mas célebres prelados que han florecido en la Iglesia de España, nació en la provincia de Cataluña de las ilustres familias que ennoblecieron este principado; pues segun nos dicen

algunos escritores, fué su padre D. Suñer conde de Urgel, hermano de D. Borrell conde de Barcelona, los que por D. Wifredo llamado el Velloso primer conde de Barcelona, que casó con Widinela condesa de Flandes, traian su descendencia del emperador Cárlos Magno. Dieron sus padres á Ermengol una educacion tan propia de su piedad como de su distinguido nacimiento, y habiéndole buscado los mas hábiles preceptores para que le enseñasen toda clase de bellas letras, como se hallaba dotado de unos talentos estraordinarios, hizo en muy breve tiempo grandes progresos así en las ciencias como en las virtudes. Abrazó el ilustre jóven la carrera eclesiástica con el noble objeto de dedicarse enteramente al servicio del Señor, y luego se distinguió en el nuevo estado por la arreglada circunspeccion de sus costumbres, por su singular piedad y por su grande sabiduria, haciéndose por lo mismo amar y respetar de todos.

Vacó la cátedra episcopal de Urgel por muerte de D. Psalla que sucedió por los años 996, y como las eminentes virtudes de Ermengol eran tan conocidas en todo el principado de Cataluña, se hizo la eleccion de sucesor del difunto en la persona del Santo por consentimiento universal de todo el clero y pueblo. Aceptó Ermengol el ministerio no con otro fin que el de ser útil á la Iglesia; y por lo mismo la nueva dignidad solo sirvió para aumentar su fervor, y para que se dejase ver en ella como un modelo de los prelados perfectos que exige el Apóstol en el candelero de la Iglesia: en efecto, su zelo no podia ser mas vivo ni mas prudente, su caridad mas universal ni mas benéfica, ni su solicitud pastoral mas activa ni mas dichosa.

Conoció el santo prelado el grande bien que resultaria á su iglesia en que se observase en ella la vida comun, y como sus deseos no eran otros que proporcionar todos los medios para lo mejor, la estableció en su cabildo; dejándole para que se mantuviese con decencia la villa de Guisona con su territorio, los castillos de Piedrarua, el de Fontaneda y el de Cornellan con todas las posesiones pertenecientes á ellos; mandando en su testamento á los canónigos presentes y por venir bajo la pena de escomunion, que despues de su muerte no comunicasen con el obispo, sin que jurase antes sobre el ara, de que no inmutaria la vida comun que habia instituido. Quiso tambien el ilustre prelado que el oficio divino se celebrase con majestad, que el templo estuviese ricamente adornado, y que todo lo que sirviese al altar fuese precioso, y para ello dió á su iglesia muchas riquezas, y le cedió por su última disposicion los predios que tenia en el condado de Ozona, en Castell, Edral, Solsona, Alberaig, y en el lugar llamado Piedra.

Si era grande el zelo que tuvo Ermengol por el culto divino y por el mejor estado de su iglesia; no fué menor su piedad para con los Santos, lo que se hacia sensible en todas sus acciones, y en el respeto que les profesaba, especialmente á la santísima Virgen en quien despues de Dios tenia colocada toda su confianza. Por lo mismo determinó ir en romeria á Galicia á visitar las reliquias del apóstol Santiago; cuya peregrinacion no tuvo efecto por haberle sobrevenido la muerte.

Aunque todos los laudables hechos referidos hasta aquí bastaban para acreditar el alto concepto que todos tenían formado de la eminente virtud del ilustrisimo prelado, lo que mas le granjeó el amor y la veneracion de su pueblo fué aquellas entrañas de misericordia con que se deshacia por beneficiar á sus ovejas, procurando evitarles todos los daños, lo que fué la causa de su muerte. Supo que no podian los caminantes pasar sin grande peligro por el lugar llamado Var á los confines de Urgel y Cerdana, y movido de compasion, determinó abrir un camino, y fabricar un puente para beneficio comun de todos. Fuése á aquel sitio áspero y montuoso con los artifices que habian de construir la fábrica, y para que ésta se hiciese con la mayor brevedad, comenzó el santo prelado á trabajar con sus propias manos, y á delinear la fábrica con su grande ingenio; pero fué Dios servido por sus altos juicios, que estando sobre una viga se le fuesen los pies, y cayendo sobre unos grandes peñascos, se rompió la cabeza, de cuyo terrible golpe murió en el dia 3 de noviembre del año 1025, despues que gobernó su obispado como verdadero sucesor de los apóstoles por espacio de veinte y nueve años.

Luego que el clero y el pueblo de Urgel supieron la desgraciada muerte de su insigne obispo, pasaron llenos de dolor y sentimiento al lugar del Var, y conduciendo el venerable cadáver á su iglesia, le dieron sepultura al lado siniestro del altar mayor, llorando todos amargamente la pérdida de su santo prelado. Quiso Dios manifestar la gloria de su fidelisimo siervo con repetidos milagros, y amonestó á muchos en sueños que elevasen sus reliquias del primer depósito á lugar mas digno; pero desentendiéndose del aviso celestial, ocurrió una escasez de lluvias tan sumá, que apenas se conocia señal de verbá verde en los campos ni en los valles. Conoció entonces el pueblo de Urgel el misterio, y habiendo trasladado el cuerpo del Santo al lado derecho del altar mayor, les favoreció el Señor con lluvias abundantísimas. De allí se trasladaron últimamente las venerables reliquias al lado del altar de la santísima Virgen, donde

se mantienen actualmente, dejándose ver en todas las traslaciones las carnes del santo cuerpo tan frescas como si estuyese vivo, sin la menor corrupcion despues de tantos siglos. (*Dome- nec, hist. Santos Cat.*)

La misa es en honor de los santos Mártires, y la oracion la siguiente:

Os rogamos, Señor, mireis á mártires, sea defendido de toda vuestro pueblo, concediéndole culpa. Por nuestro Señor Jesu- el que fortificado con la interce- cristo, etc. sion de los Santos innumerables

La Epístola es del capitulo 3 del libro de la Sabiduría.

Las almas de los justos están fueron ligeros, y su felicidad en manos de Dios, y no les tocará el tormento de la muerte será grande, porque Dios los (eterna.) Aunque se han visto probó, y los halló dignos de sí. morir á los ojos de los insensatos, y entre ellos se ha estimado Como el oro en el crisol los ha probado; los recibió como hostia de holocausto, y los visitará cuando llegare el tiempo. Los justos brillarán y centellearán como cuando el fuego corre en una total ruina, sin embargo un cañaveral. Juzgarán á las descansan en paz. Si han sufrido tormentos delante de los pueblos, y el Señor reinará eternamente. hombres, su esperanza está llena de inmortalidad. Sus males

REFLEXIONES.

— ¡O qué bien está el que está en manos de Dios! ¡Qué estancia tan dichosa! pues esta es la de los justos. Amenace la tormenta, intime estragos y terrores el estruendo de los truenos, el justo está al abrigo, su alma está en manos de Dios: ¿qué tiene que temer?

Es la muerte un tormento que asusta á los mas resueltos, y estremece á los mas intrépidos; pero como la muerte de los justos es preciosa en los ojos de Dios, la ven venir no solo sin susto; sino es con alegría; porque la miran no como suplicio, sino como premio, que los llena de dulzura, de consuelo y de confianza.

La muerte de los santos en la apariencia es lo mismo que la de los demás, término fatal de todas las cosas; pero es así á los ojos de los insensatos. Mas los sabios y prudentes juzgan de otra manera de la muerte de los justos. Si salen de este mundo, es porque se les levanta el destierro; si se apartan de nosotros, es para entrar triunfantes en la gloria. ¿Qué consuelo mas dulce y esquisito que el que se experimenta cuando se llega al término dichosamente? Los santos parecieron afligidos, humillados, maltratados y perseguidos á los ojos de los hombres; pero á la vista de los hombres y no mas. Todo lo áspero, todo lo duro de las cruces estaba en la corteza; pues en lo demás lograban una esperanza llena de inmortalidad en medio de los mayores trabajos. ¿Qué proporcion hay entre lo que padecieron y ahora gozan? ¡Felices aquellos á quienes el Señor encuentra dignos de sí!

Mas, ¡oh, y qué diferencia hay entre la muerte de los justos y la de los que se llaman dichosos del siglo! La felicidad de éstos se desvanece en su última hora. Grandeza, riquezas, honores y placeres todo se sepulta con ellos. Pero al contrario la última hora de los justos es la primera de una eternidad de delicias. Sus nombres son colocados en los fastos de los Santos, su memoria está llena de bendición: se honran y se veneran hasta sus mismas cenizas; y aquellos hombres viles á los ojos del mundo brillan por toda una eternidad como astros en el firmamento: reinarán sobre todos los pueblos, y juzgarán á todas las naciones.

El Evangelio es del cap. 15 de S. Juan.

En tiempo que enseñaba Jesucristo á sus discípulos las máximas de su celestial doctrina, les dijo: Esto es lo que os mando; á saber, que os améis mutuamente. Si el mundo os aborrece, tened entendido que primero me aborreció á mí que á vosotros. Si fueseis de este mundo, él amaría á lo que es suyo; pero como no sois del mundo, sino es que os he elegido de él, por tanto os aborrece. Acordaos de las palabras que os he dicho: sobre que el siervo no es mayor que su Señor. Si me han perseguido *los mundanos*, también os perseguirán; y si guardaron mis palabras, también guardarán las vuestras. Pero todo esto harán con vosotros por causa de mi nombre: porque no conocen al que me envió. Si yo no hubiera venido, ni les hubiera hablado, no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa de él. El que me aborrece, también aborrece á

mi Padre. Si no hubiese hecho á mí, y á mi Padre. Para que á vista de ellos las obras que se cumpla la palabra que está ninguno otro hizo jamás, no escrita en la ley de ellos: á tendrían pecado; mas ahora saber, que me aborrecieron sin que las han visto, me aborrecen motivo.

MEDITACION.

De la renuncia de todo lo que se ama por amor á Jesucristo.

PUNTO PRIMERO. — Considera que el Evangelio no anuncia otra cosa que abnegacion y renuncia de cuanto mas se ama en el mundo, hasta decirnos que si no nos aborrecemos á nosotros mismos, no podemos ser discípulos de Jesucristo. Y segun esta idea, ¿tendrá Cristo en el dia muchos discípulos en el mundo?

¿Qué cosa mas loable ni mas justa que amar al prójimo? El mismo Dios nos lo manda con precepto formal y espreso. Con todo eso cuando se atraviesan los intereses de Dios es menester renunciar la carne, la sangre y á sí mismos, so pena de renunciar á Dios. El que viniere á mí, dice Cristo, y no aborreciere al padre, á la madre, y hasta su misma persona, no puede ser mi discípulo. No necesita de aplicacion este oráculo. ¿Pero esta moral es muy de nuestro gusto? ¿se practica mucho el dia de hoy esta cristiana filosofia?

¿Por ventura ceden siempre á las obligaciones de la religion nuestros intereses? ¿acaso no damos oidos á los clamores de la carne y de la sangre en perjuicio de la conciencia? ¿En las resoluciones para adelantarnos, se consulta siempre solo á Dios, y á solo Dios se oye? Ciertamente nos merece Dios bien poco si no nos merece todo nuestro corazon. ¡O mi Dios, y qué mal se compone lo que obramos con lo que creemos! Creemos vuestras palabras, pero nada hacemos menos que lo que ellas nos intiman.

No permitais, Señor, que esta confesion sirva solo para hacerme mas delincuente. Vos me asegurais que debo aborrecerme á mí mismo, si quiero ser vuestro discípulo. Si Señor, yo quiero serlo, y de hoy en adelante será mi vida la prueba mas concluyente de mi sincera voluntad.

PUNTO SEGUNDO. — Considera en qué grosero, y en qué pernicioso error incurriría una persona que oyendo al Salvador estas palabras: *el que viniere á mí, y no aborreciere al padre, á*

la madre, y aun á su misma persona, no puede ser mi discípulo, se persuadiese que podia ser verdadero discípulo de Cristo, sin tener este odio santo, amándose únicamente á sí mismo, no dando en su corazon lugar á otro objeto que á sus gustos y á sus propios intereses. Pero, ¡ah! que estamos de tal manera enamorados de nosotros mismos, que por nuestra conveniencia y por nuestros intereses sacrificamos nuestra salvacion y los intereses de Dios.

Si se coteja nuestra conducta con la de los mártires, ¿quién no dirá que tuvieron otro Evangelio? Digámoslo mejor: el Evangelio es el mismo; y por tanto no puede haber mayor extravagancia que lisonjarnos de ser discípulos de un mismo maestro, y de seguir la misma doctrina, cuando las costumbres son tan diferentes. Si se pasan los dias en satisfacer mi concupiscencia y mis gustos, ¿podré decir que sirvo á un mismo Señor, y que obedezco á una misma ley que los santos mártires? ¿Y qué razon tendré para esperar la misma recompensa? ¿Un hombre que solo ama sus placeres é intereses, podrá esperar razonablemente la misma gloria que los innumerables mártires?

Vos, Señor, que me mandais que ame á mis prójimos, así mismo me mandais que me aborrezca. Y con efecto, ¿tengo yo mayor enemigo de mí verdadero bien que á mí mismo? ¿Pues qué odio mas justo? ¿No es amarme verdaderamente el aborrecerme de esta manera? Dadme, Señor, este santo odio de la carne y sangre, y no permitais olvide jamás, que no es digno de vos aquel que ama á otra cosa que á vos.

JACULATORIAS.—Señor, no podré amaros ni servirós, si no me abrazo con vuestra cruz, y no me aborrezco por amaros á vos solo. (*Exod. 4.*)

Ni en el cielo, ni en la tierra amé á otra cosa que á vos, Dios de mi alma. (*Ps. 72.*)

PROPOSITOS.

1 Comienza desde este dia á amar á Dios con un amor de preferencia, en fuerza del cual le asegures el primer lugar en tu corazon, de manera que para mantenerle en él estés dispuesto á sacrificar tus bienes, tus parientes, tus amigos, y hasta tu misma vida. Para esto toma una firme resolucion de no emprender cosa alguna, sin consultar primero con Dios. No te fies de tu sola razon, porque el amor propio ciega. No te determines á hacer cosa de monta sin el parecer de un prudente y zeloso director.

2 No te dejes llevar con exceso del amor de tu familia, y de tus intereses temporales; pues semejantes preferencias son efectos del amor propio. Tengamos sí amor á nuestros parientes, y á nosotros mismos, pero sea un amor bien ordenado. Dios esté á la frente de todo, que es el lugar que le corresponde: y por lo mismo debemos corregir la propension y delicadeza que muestra muy bien el demasiado amor que nos tenemos á nosotros mismos. Es el amor propio un enemigo sagaz y doméstico tanto mas digno de temerse, cuanto menos se desconfia de él. Cuando nos lisonjea, entonces nos vende: pues caminando siempre de acuerdo con las pasiones, arma lazos sin cesar á nuestra salvacion. Toma desde hoy la resolucion de no contemplarle, de combatirle y de vencerle. La mortificacion le debilita: la de los sentidos es su suplicio, y por tanto te has de privar de todos los gustos que deleitan á la carne, sacrificando tu vida por el noble objeto que tuvieron los mártires en el sacrificio de la suya. Venciendo como aquellos á los mas crueles enemigos que son tus pasiones, para que logres la gloria que disfrutan eternamente.

DIA IV.

MARTIROLOGIO.

SAN CARLOS BORROME0, en Milan, cardenal y obispo de esta ciudad, el cual esclarecido en santidad y milagros, fué canonizado por Paulo V. (*Véase su vida en las de hoy.*)

LOS SANTOS MÁRTIRES VIDAL Y AGRICOLA, en Bolonia: el primero siendo esclavo del segundo, llegó despues á ser compañero suyo en el martirio: atormentáronle los perseguidores con tal crueldad, que en todo su cuerpo no se encontraba parte sana; lo cual sufrió con la mayor constancia, y puesto en oracion entregó su alma á Dios. A Agrícola dieron la muerte enclavado en una cruz con muchísimos clavos. San Ambrosio que se halló presente á la traslacion de estos santos, refiere que recogió los clavos, la sangre vencedora, y la cruz, y lo colocó todo debajo del sagrado altar. (El citado S. Ambrosio nos informa de que Agrícola era un caballero de Bolonia, y que Vidal su esclavo, aprendió de él la religion cristiana, y recibió primero la corona, porque para Cristo no hay diferencia en la condicion de siervo ni de señor. Ambos fueron presos probablemente en el año de 304. El castigo de Agrícola fué dilatado por una cruel compasion, por ver si la vista de los tormentos del siervo le hacia mudar de resolucion; pero lejos de ello quedó mas animado con el ejemplo. Entonces toda la compasion del pueblo y de los jueces se convirtió en furor, y el cuerpo del mártir enclavado en una cruz fué tan herido y penetrado de innumerables cla-